

enormes, los ojos maravillosos, bajo el arco sutil y simétrico de las cejas. La flor de pasión de sus labios se abre en una sonrisa, y al par que sus dientes nacarados fulgen ante nuestros ojos, su voz melosa nos acaricia suavemente.

— Usted dirá, señor... Mi doncella me ha dicho...

— Pues mire... Bueno, antes de nada, mi más cordial felicitación por su triunfo de hoy. En mi vida ví un público más entusiasmado, más frenético. .

— El público de Madrid es muy bueno...

— Muy justo — puntualizamos nosotros.

Agradece el elogio con una sonrisa y dice:

— A mí me ha emocionado mucho este recibimiento que me ha hecho. Desde luego, siempre que canto aquí, en Madrid o en Barcelona, me sucede igual. Mire usted—continúa—para mí, afortunadamente, hasta ahora, todos los públicos son lo mismo: el de París, el de Londres, el de Nueva-York... Pero no en balde éste y el de Barcelona son los míos, los de mi patria...

— ¿Estará mucho tiempo en Madrid?

— ¡Ah, no! Un mes... He venido de Norteamérica a descansar un poco de aquel ajeteo continuo...

— ¿Mucho trabajo?

— Muchísimo. Concluir en un teatro para empezar en otro... Paralelamente, *rolar* alguna película...

Hace una pausa, clava en nosotros sus ojos inmensos plenos de luz y de ingenuidad y nos dice:—Bien. Mi doncella me dijo que usted venía a hablar conmigo de...

— De asuntos cinematográficos. Tengo una novela que...

Hojea ella el original mientras habla. Y nosotros, arrullados por su voz musical, observando el sombreado que a sus ojos prestan las largas pestañas arqueadas, viendo sus manos delgadas, aristócratas, mirando su boca roja como una fresa, su cabello rizado, negro y alborotado; al pensar ante quien estamos, considerando quien es la que nos concedió esta entrevista fiada en los asuntos cinematográficos de que íbamos a hablarle, nos cohibimos un poco y hemos de sacar fuerzas de flaqueza para no confesarle nuestro engaño y pedirle mil perdones.

El tiempo apremia. Es la hora de la comida... Y a nuestra boca acuden preguntas y más preguntas que, pronunciadas, delatarían nuestra verdadera personalidad de periodista.

El sigue hablando. De la imposibilidad de hacer por ahora más películas; de su regreso a Nueva-York de los contratos que la reclaman.

— Es lástima decimos. — Usted debería quedarse en España. Su trabajo cinematográfico daría gran impulso a nuestra producción...

Alza a nosotros sus bellos ojos y: